

EL ESTILO FAUSTICO DEL CAPITALISMO MODERNO

Daños colaterales

Si se lee en clave moderna la segunda parte del *Fausto* de Goethe, sobre el hombre que vende el alma al diablo para comprarse la eterna juventud, no tardará en salir a flote una aterradora descripción de las situaciones más impiadosas de los siglo XX y XXI: en los últimos capítulos, Mefistófeles inventa el papel moneda, el endeudamiento público y hasta la inflación, y Fausto aparece empeñado en una verdadera revolución productiva, encolumnado en una política modernizadora de remoción de tierra, quema de bosques, extracción de minerales, apertura de canales y construcción de diques. Es el estilo fáustico y realista que caracteriza toda la saga del capitalismo moderno: la naturaleza como estorbo y los seres humanos, insumos prescindibles y modelos anticuados; ambos continua y trágicamente considerados daños colaterales exigidos por toda transformación.

Daños...

POR PABLO CAPANNA

En la Antigüedad, las historias de amor no gozaban de demasiada popularidad, especialmente entre los griegos, que eran bastante misóginos. Hubo que esperar muchos siglos para que los trovadores medievales inventaran el amor romántico y echaran las bases de un buen melodrama, una novela del corazón, un bolero o un teleteatro.

Una de esas escasas historias nos la contó el romano Ovidio en el libro VIII de las *Metamorfosis*, allá por el siglo de Augusto. Era una leyenda de amor conyugal, algo que posiblemente llamaría la atención tanto en el siglo I como en nuestros días. En la versión de Ovidio, Filemón y Baucis son dos ancianos que viven felizmente sus últimos años de vida en su cabaña. Un día, Zeus y Hermes bajan a la Tierra para comprobar si la gente de Frigia es tan hospitalaria como dicen. Como los dioses vienen mal entrazados, todo el mundo les cierra las puertas, y los únicos que lo invitan a comer son los ancianos. Los dioses se manifiestan con un milagro (mantienen lleno el jarro de vino) y proceden a repartir premios y castigos. Como si fueran a hacer una represa hidroeléctrica, deciden que la aldea del valle queda sumergida con todos sus pobladores, y sólo salvan a los ancianos. Cuando llega el acostumbrado pedido de deseos, Filemón y Baucis piden morir juntos. Un día, a él le brotan ramas de roble y a ella de tilo; ambos echan raíces y se convierten en un solo árbol, que en adelante será meta de peregrinaciones.

Como ocurre con los mitos, la historia se entreteje con otras; recuerda a Abraham, a Deucalión y a Noé. Hasta evoca esos rosales enlazados que crecieron en París, sobre la tumba del filósofo Abelardo (castrado por un suegro cruel) y de su novia Eloísa, dos de las mentes más brillantes del Medioevo.

DE GULLIVER A LA OPERA

¿Qué hace una historia como ésta en estas páginas? Por lo pronto, verificar la persistencia del mito a lo largo de unos veinte siglos, con todas sus inevitables mutaciones de sentido. La leyenda no era original de Ovidio, y tenía arraigo popular. Un siglo más tarde seguía viva entre gente que no sabía leer, y menos aún a Ovidio. Cuando el apóstol Pablo y su amigo Bernabé fueron a predicar a Frigia, la gente los aclamó creyendo que habían vuelto Zeus y Hermes y les dio bastante trabajo convencerlos de que eran tan humanos como ellos.

Pasaron unos cuantos siglos, y quien retomó la leyenda de Filemón y Baucis en tiempos de Newton fue Jonathan Swift, el cínico y genial autor de *Los viajes de Gulliver*. Swift trasladó la acción de Frigia a Kent, convirtió a los dioses en monjes, hizo de la choza un cottage y cambió el vino por el té de las cinco. En lugar de un templo corintio, la casa de los ancianos se transformó en una capilla anglicana.

En la versión de Swift, a Filemón lo nombran párroco y pasa el resto de sus días junto a Baucis fumando en pipa y leyendo el *Times*. Un día, él y ella se convierten en árboles, y por un tiempo llaman la atención de los viajeros. Pero al fin el nuevo párroco resuelve meterles hacha y usar la madera para hacer algunas reparaciones. Los tiempos habían cambiado.

Las últimas dos versiones de la leyenda son decididamente modernas. Filemón y Baucis protagonizaron en 1860 una ópera de Charles Gounod, quien ya había teatralizado el *Fausto* de Goethe, el más famoso de sus dramas líricos. En la ópera de Gounod las cosas cambian todavía más. Los ancianos son hospitalarios con Júpiter y Vulcano, que los consagran sacerdotes a perpetuidad. Pero en el segundo acto, todo parece haberse descontrolado; hay bacanales, orgías y blasfemias en el templo. A pesar de eso los dioses, reconociendo la buena voluntad de los ancianos, los premian con la eterna juventud. Pero esta vez se les va la mano; Baucis se pone demasiado atractiva y tiene que soportar el acoso sexual de Vulcano. Harta de tantas complicaciones, pide que todo vuelva a ser como antes (es lo que siempre ocurre en el cuento de los tres deseos) y los dos viejos se aprestan a vivir sus últimos días asumiendo los inevitables achaques.

¿Qué hace "moderna" esta versión? Se diría que el tema fáustico de la eterna juventud que, convertido en uno de los ejes de nuestra cultura, ha llevado a su apoteosis a la cirugía estética.

Pero el *Fausto* de Goethe va mucho más lejos, pues se atreve a arrancar del mito griego a Filemón y Baucis para precipitarlos en el corazón de la revolución industrial y el capitalismo salvaje.

TRABAJO SUCIO

Oswald Spengler hizo mucho estruendo en los años veinte con su *Decadencia de Occidente*, que aportó a la ideología nazi y dejó otras huellas menos visibles. Spengler definía la modernidad por su espíritu "fáustico". Uno diría que el mito de Fausto, el hombre que vende el alma al diablo para comprarse la eterna juventud, parecería más adecuado a estos tiempos que a aquellos. Pero Spengler no aludía al Fausto de la leyenda medieval, que ocupa la primera parte del poema de Goethe. El Fausto "moderno" es el que está en la segunda parte, escrita entre 1825 y 1831, cuando los ecos de la revolución industrial estaban llegando a Alemania.



En un libro notable, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Marshall Berman volvió en 1982 sobre las páginas del *Fausto* de Goethe. En uno de esos clásicos que ya ni leen los estudiantes de Letras, encontró una aterradora descripción de las situaciones que hemos vivido a lo largo del siglo XX. Para eso sirven los clásicos.

En los últimos capítulos, Fausto aparece empeñado en una verdadera revolución productiva. Su socio Mefistófeles acaba de inventar el papel moneda, el endeudamiento público y hasta la inflación. Fausto le ha encargado la ejecución de sus planes de modernización del país y ha puesto a sus órdenes un vasto ejército de trabajadores, sometidos a duras fatigas y una férrea disciplina. Durante las noches, sus mesnadas remueven la tierra, queman los bosques, extraen minerales, ganan tierras al mar, abren canales y construyen diques. Cuando la sangre y el sudor dejaron de correr y los gritos se apagaron, Fausto sube a su mirador de la colina y se extasía imaginando que pronto allí "vivirán millones, inseguros, pero libres para la acción". Lo de "inseguros" es todo un programa.

Pero de pronto, allá en las dunas junto al mar, descubre que en medio de sus tierras han quedado en pie una cabaña, una capilla y un jardín. Allí viven Filemón y Baucis, nuestros viejos conocidos, que fueron respetados porque tienen fama de socorrer a náufragos y vagabundos.

A Fausto, la cabaña de los viejos le resulta un estorbo, porque se le acaba de ocurrir levantar una torre precisamente en ese lugar. Tratándose del Progreso y de gente tan inútil como esa, explica, "uno se cansa de ser justo...". Se le ocurre pues expropiar la casa, de modo que manda emisarios a negociar con los ancianos. Sus enviados les ofrecen dinero y les prometen que serán reubicados en una vivienda más moderna, lejos del teatro de operaciones. Pero los viejos son testarudos, y se empeñan en quedarse allí.

Entonces Fausto recurre a su consejero Mefistófeles. Como todos saben, Mefistófeles es el diablo. Como tal, se siente obligado a recordarle a Fausto que "quien tiene la fuerza, también tiene el derecho". Para conformarlo, promete ocuparse personalmente del asunto. Por la noche, el vigía divisa un incendio. A la mañana, Mefisto se presenta para reportar que él y su grupo de tareas han allanado el rancho, y ante la inoportuna resistencia de los viejos, se han visto obligados a matarlos y prenderle fuego a la cabaña.

Fausto se horroriza, llama "monstruo" a Mefisto y lo echa de su despacho. Pero el diablo se marcha con una sonrisa, no sin antes recordarle la historia del rey Ajab, que según la Biblia ya había hecho lo mismo. Después de todo, parece decir, alguien tiene que ocuparse de hacer el trabajo sucio...

Los Filemón y Baucis modernos se convierten así en los primeros desaparecidos, los daños colaterales que acarrean los cambios estructurales. Los emigrantes, desplazados, refugiados, marginados y excluidos de la globalización deberían reconocerlos como sus santos patronos.



FAUSTO Y EL CABALLO DE HIERRO

Albert Bergmann es un filósofo de la Universidad de Montana, autor de un libro inteligente, *Cruzando la frontera posmoderna* (1992), sobre un tema tan vapuleado como el de la posmodernidad.

Bergmann describe como "realismo agresivo" ese estilo fáustico que caracteriza toda la saga del capitalismo moderno, y no vacila en remontarse al programa trazado por Descartes en el *Discurso del Método*. Para ilustrarlo, repasa la historia de la ciudad donde vive (Missoula, Montana), que nació al compás de la conquista del Oeste.

El entusiasta Emerson había escrito que el ferrocarril era "la varita mágica que despierta las fuerzas dormidas de la tierra y el agua". El Caballo de Hierro era la encarnación del Progreso, a cuyo avance nadie podía oponerse.

Cuando se dibujó el trazado del ferrocarril Northern Pacific los ingenieros encontraron que la ruta más económica pasaba por la reserva de los indígenas Flathead. Hubo negociaciones, en las cuales los indios propusieron un curso alternativo para las vías. Al parecer, no era tan malo, porque otra empresa lo adoptó luego. Pero hacerlo hubiera significado tender unos cuantos kilómetros más de vía. Eso, según insinuaron los enviados, le hubiera caído muy mal al Gran Padre allá en Washington.

El cacique, que para el caso se llamaba Eneas como el héroe de Virgilio, protestó que ya habían entregado lo mejor de sus tierras antes de ser reubicados en la reserva. Frente a lo inevitable, sólo atinó a hacer una sabia y triste observación: "Parece que ustedes aman al dinero más de lo que nosotros amamos a nuestra tierra y a nuestros antepasados".

El ferrocarril eligió el camino más corto y difícil, que pasaba por un angosto cañón. Hubo que dinamitar la montaña, y toneladas de tierra con árboles y todo se desmoronaron en el lecho del río. Los indios volvieron a ser echados y muchos inmigrantes traídos por el ferrocarril murieron en cruentos accidentes de trabajo. Surgieron los prostíbulos, los garitos y las tabernas, hubo negociados, estafas y toda clase de actos de corrupción. Pero las vías quedaron asentadas y a su vera surgieron las estaciones y las ciudades.

Un siglo más tarde, el ferrocarril estaba en bancarrota y el Gran Padre de Washington había tenido que salir a socorrerlo, creando la empresa Amtrak para evitar que desapareciera del todo. El pasto ya comenzaba a crecer entre los durmientes y los trenes pasaban de vez en cuando, pero la contaminación heredada de un siglo de ferrocarril seguía envenenando las napas de agua. Entonces llegaron las autopistas. Su trazado siguió la ruta del ferrocarril, pero se llevó muchas tierras más. Hubo menos bajas entre los trabajadores, pero las máquinas resultaron más agresivas hacia el medio. Volvieron a volar las rocas, se levantaron puentes y terraplenes, se diezmaron los bosques. Surgieron las estaciones de servicio, los autocines y los moteles, pero esta vez hubo pueblos y estaciones abandonadas.

El último capítulo es reciente, y se escribió cuando el avión desplazó al automotor. Hubo nuevos movimientos de tierra; surgieron los aeropuertos y el estruendo de los jets echó a muchos pobladores. Hoy conviven todos: las vías abandonadas, las autopistas despobladas, los ruidosos aviones.

Historias como estas, observa Bergmann, son exactamente lo opuesto de ese "desarrollo sustentable" del cual todos hablan sin convicción. Son tan comunes que ocurren aquí nomás, hasta en Tandil.

El siglo XX no sólo vivió las peores guerras de la historia, también fue el más agresivo contra el medio y especialmente contra esa especie humana que tiene la costumbre de adaptarse a él y hasta llega a disfrutarlo. Revoluciones y contrarrevoluciones desarraigaron a multitudes. El Holocausto nazi y la deportación de los Kulaks dispuesta por Stalin, la desertificación y la deforestación, el monocultivo, el flujo de refugiados, nómades y desplazados por la globalización económica han sido constantes. El capitalismo arrasa con la selva amazónica y los soviéticos secaron el Mar de Aral.

La versión vulgarizada del realismo agresivo es hoy el pensamiento único, que hace todo lo posible para convencernos de que las grandes transformaciones exigen sacrificios humanos. Las inevitables bajas son los daños colaterales de los cambios que supuestamente van a beneficiar a quienes hoy las padecen, aunque a lo sumo sólo heredarán la contaminación.

Como muchas de estas cosas se hacen en nombre de la ciencia y la tecnología, no está de más recordar que son lo menos científico que pueda haber.

Una economía no sólo más humanitaria sino un poco más científica debería comenzar por pensar que la naturaleza no es "la presa del hombre" (la expresión es de Spengler) sino que el hombre es parte de ella, de manera que la destrucción del medio no es más que un suicidio diferido.

También sería conveniente que dejara de creer en que es posible imaginar un crecimiento infinito en un medio finito, una idea que Kenneth Boulding atribuía a los locos y a ciertos economistas.

No menos deseable sería que, aparte de pensar al mercado a la luz de la física clásica, se tuviera en cuenta algo tan importante como la flecha del tiempo. Los procesos económicos, que transforman materia y energía, cargan con la inevitable cuota de entropía. La tecnología optimiza los beneficios, pero traslada los costos de producción al medio. Así como decrecen los recursos, no dejan de aumentar los desechos no reciclables. Hace un tiempo nos decían que las computadoras iban a acabar con el papeleo, pero la demanda de papel siguió aumentando, al punto que hoy plantamos eucaliptos en Entre Ríos y levantamos pasteras en Uruguay.

A esta altura sería conveniente rescatar las ideas de la "bioeconomía" del rumano Nicholas Georgescu Roegen (1906-1994), que se propuso integrar los procesos económicos en el marco de la termodinámica y la biología evolutiva.

Algunas alarmantes señales climáticas de los últimos tiempos parecerían indicar que una economía sostenible ya no es una utopía sino una necesidad, aun en su versión "fuerte", que impone no comprometer la capacidad de las generaciones futuras.

La fuga hacia adelante, el saqueo de los recursos y la ideología de la obsolescencia, que no deja de producir basura, no son conductas racionales ni éticas. Los seres humanos, convertidos en insumos prescindibles y modelos anticuados, suelen ser sus primeras víctimas. La lectura moderna de la historia de Filemón y Baucis aún tiene algo que decirnos.


Lito Vitale, director musical de "Escúchame entre el ruido", a beneficio de la Fundación Garrahan.

SEPTIEMBRE

AGENDA CULTURAL 09 / 2006
Programación completa en www.cultura.gov.ar

Concursos

Primer Concurso de Historieta y Humor Gráfico "Hacia el Bicentenario"
Para Catamarca, Tucumán, Santiago del Estero, La Rioja, La Pampa, Neuquén, Río Negro, Santa Cruz, Chubut y Tierra del Fuego.
Recepción de las obras: hasta el 11 de octubre, en las Subsecretarías de Cultura provinciales.

Audiciones para cubrir cargos vacantes
Coro Polifónico Nacional.
Del lunes 18 al viernes 29, de 10 a 15.
Teatro Nacional Cervantes. Av. Córdoba 1155. Piso 12.
coropolifoniconacional@yahoo.com.ar

Exposiciones

Argentina de Punta a Punta, de gira por el Sur
Del 11 al 17 de septiembre. Ushuaia. Tierra del Fuego (modalidad marítima y terrestre).
16 de septiembre. Puerto Deseado. Santa Cruz (modalidad marítima).
17 de septiembre. Comodoro Rivadavia. Chubut (modalidad marítima).
Del 22 de septiembre al 1° de octubre. Río Gallegos. Santa Cruz (modalidad terrestre).

Memoria, a 30 años del golpe de Estado
Viernes 22. Santiago del Estero.

El retrato, marco de identidad
Hasta el sábado 23.
Museo "Dr. Juan Ramón Vidal". San Juan 634. Corrientes. Corrientes.

Goya, la condición humana
Hasta el viernes 29.
Centro de Cultura y Turismo Municipal. República 524. Catamarca. Catamarca.

Situaciones gráficas
Obras pertenecientes al Museo Nacional del Grabado.
Hasta el sábado 23.
Complejo Cultural de Santa Cruz. Ramón y Cajal 51. Río Gallegos. Santa Cruz.

Franco Fontana
El maestro de la fotografía italiana.
Desde el jueves 7.
Museo Nacional de Bellas Artes. Av. del Libertador 1473. Ciudad de Buenos Aires.

Interfaces. Diálogos visuales entre regiones
Desde el sábado 16.
Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad Nacional de Misiones. San Lorenzo 679. Posadas. Misiones.

José Otero (Laxeiro) en Buenos Aires
Desde el jueves 7.
Museo Nacional de Bellas Artes. Av. del Libertador 1473. Ciudad de Buenos Aires.

Salón Nacional de Artes Visuales 2006
Hasta el domingo 17. Fotografía, y nuevos soportes e instalaciones. Visitas guiadas: sábado y domingo, a las 16 y a las 18.
Desde el jueves 21. Pintura. Palacio Nacional de las Artes. Posadas 1725. Ciudad de Buenos Aires.

Kuropatwa en technicolor
Museo Nacional de Bellas Artes - Sede Neuquén. Mitre y Santa Cruz. Parque Central. Neuquén. Neuquén.

Música

Escúchame entre el ruido
En dos CDs, 27 nuevas versiones de temas emblemáticos del rock argentino. A beneficio de la Fundación Garrahan.
Desde el viernes 15, a la venta en todas las disquerías del país.

VII Encuentro Nacional de Jóvenes Coreutas
Del 22 al 24 de septiembre. San Nicolás. Buenos Aires.

Orquesta Sinfónica Nacional
Viernes 8 a las 20.30. Auditorio de Belgrano. Virrey Loreto y Av. Cabildo. Ciudad de Buenos Aires.
Miércoles 13 a las 20.30. Templo de la Comunidad Amijai. Arribeños 2355. Ciudad de Buenos Aires.

Coro Polifónico Nacional
Domingo 17 a las 20.30. Parroquia Nuestra Sra. de Fátima. General Rodríguez. Buenos Aires.

Coro Nacional de Niños
Sábado 16 a las 19. Casa de la Educación. Bartolomé Mitre 1869. Ciudad de Buenos Aires.

Cine

Las joyas perdidas de Alfred Hitchcock
Sábado 9 a las 16.30. "La ventana indiscreta" (1954).
Sábado 16 a las 16.30. "¿Quién mató a Harry?" (1955).
Museo Nacional de Bellas Artes. Av. del Libertador 1473. Ciudad de Buenos Aires.

Cine argentino de hoy
Miércoles 13 a las 18. "El abrazo partido" (2003). Dirección: Daniel Burman.
Jueves 14 a las 18. "Roma" (2004). Dirección: Adolfo Aristarain.
Teatro Nacional Cervantes. Libertad 815. Ciudad de Buenos Aires.

Ciclo Panorama cine independiente en frasco chico
Viernes 15 a las 19: "18-J" (2004).
Biblioteca Nacional. Agüero 2502. Ciudad de Buenos Aires.

Teatro

¡Jettatore!, de Gregorio de Laferrere
Dirección: Daniel Suárez Marzal.
Jueves 14, viernes 15 y sábado 16 a las 21. Domingo 17 a las 20.30.
Teatro Nacional Cervantes. Libertad 815. Ciudad de Buenos Aires.

Cita a ciegas, de Mario Diament
Dirección: Carlos Ianni.
Jueves, viernes y sábados a las 20.30. Domingos a las 20.
Teatro Nacional Cervantes. Libertad 815. Ciudad de Buenos Aires.

Actos y conferencias

Café Cultura Nación
Encuentros con personalidades de la cultura en bares y cafés.
En Buenos Aires, Chaco, Río Negro, Santa Fe, Córdoba, Corrientes, Formosa, Jujuy, Santa Cruz, Santiago del Estero, La Pampa, La Rioja y Tucumán.

Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento
En el 118º aniversario de su fallecimiento.
Lunes 11 a las 19.
Museo Histórico Sarmiento. Juramento 2180. Ciudad de Buenos Aires.

Entrega de premios María Guerrero 2005
Miércoles 20 a las 19.30.
Teatro Nacional Cervantes. Libertad 815. Ciudad de Buenos Aires.

Literatura y crítica sobre finales del siglo XX
Ciclo de conferencias. Organiza: Noé Jitrik.
Miércoles 27 a las 19. Cristina Fangmann: "Variaciones del 'yo' en la obra de Silvina Ocampo".
Biblioteca Nacional. Agüero 2502. Ciudad de Buenos Aires.

Reencuentro con viejos saberes
Visita guiada a cargo de Ruth Corcuera.
Domingo 10 a las 16.
Museo Histórico Nacional. Defensa 1600. Ciudad de Buenos Aires.

Coloquio Internacional "Los Andes antes de los Inka"
A cargo de investigadores y especialistas nacionales e internacionales.
7, 8 y 9 de septiembre.
Biblioteca Nacional. Agüero 2502. Ciudad de Buenos Aires.

POR DIEGO HURTADO DE MENDOZA

¿Qué debe hacerse en la Argentina para que la producción de conocimiento sea útil al desarrollo social y económico? Las respuestas a esta pregunta se pueden clasificar en dos grandes casos límites ideales. Por un lado, las respuestas "normativas", que se inspiran en un imaginario construido a partir de arquetipos exitosos tomados como referencia. Si se piensa en grande, los modelos inspiradores son Estados Unidos o Japón. Si se ajustan las escalas a la Argentina, podrían ser Finlandia, Irlanda o Australia. En términos regionales, en los últimos años se suele mirar a Chile y a Brasil.

En el extremo opuesto estarían las respuestas que intentan construir análisis, diagnósticos y prospectivas fundados en la historia, la sociología, la antropología, la economía y las ciencias políticas aplicadas al estudio de la actividad científica y tecnológica local, a sus éxitos parciales y a su imposibilidad de construir un sistema de escala nacional capaz de reorientar el perfil productivo y de hacer ingresar al país en la economía de producción tecnológico-intensiva.

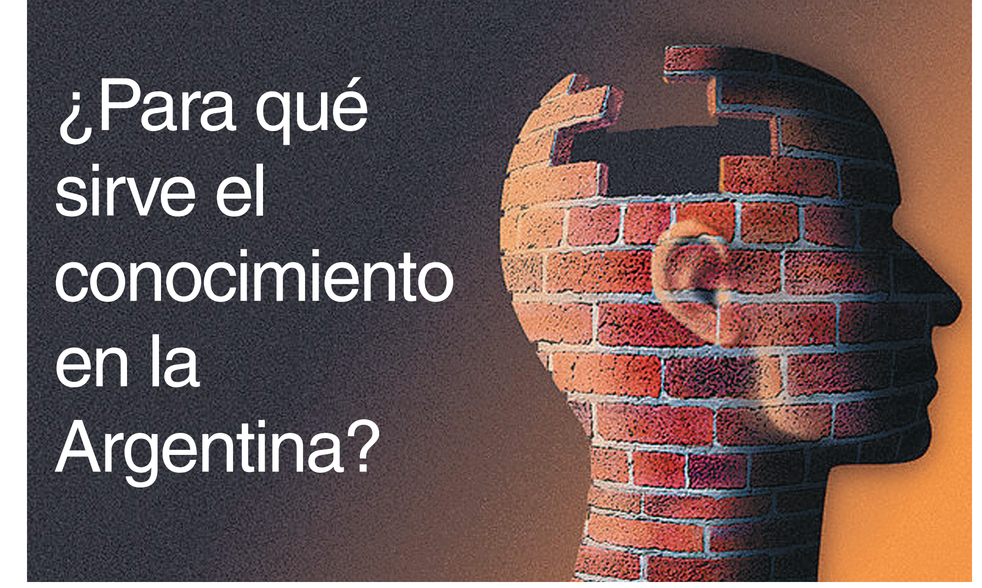
Ahora bien, este último enfoque presupone la existencia de una producción académica capaz de aportar una comprensión exhaustiva del campo científico y tecnológico local y regional. Más aún, debería presuponer también que esta producción académica fuera autónoma, esto es, capaz de generar categorías conceptuales, estudios de caso, historias o etnografías institucionales alternativos a los elaborados por las tradiciones de los países desarrollados. Este no es un punto menor, si se piensa que la interpretación del escenario científico y tecnológico de los países en desarrollo realizada por la avasalladora tradición académica anglosajona está impregnada de una inevitable mirada etnocéntrica y, en general, también de intereses políticos y económicos.

Un ejemplo didáctico es la categoría (aceptada y difundida) de "guerrilla ideológica" que el historiador Emmanuel Adler aplica a figuras claves del desarrollo tecnológico en la Argentina y Brasil de las décadas del '60 y del '70. Adler recurre a la figura de "guerrilleros ideológicos" que habrían influido en la toma de decisiones de los respectivos gobiernos y que promovieron una ideología opuesta a la dominante. Jorge Sábato, uno de los más importantes pensadores del campo científico-tecnológico latinoamericano, habría sido, según Adler, un guerrillero ideológico. ¿Estaría dispuesto Adler a decir que Vannevar Bush era un guerrillero ideológico? No, porque la guerrilla (además de estar fuera de la ley) es un fenómeno pintoresco y exótico de los países pobres. ¿Jorge Sábato estaba fuera de la ley? No, pero de todas formas suena sugerente y exótico el término "guerrilla" aplicado a un pensador latinoamericano.

JUEGO DE AFASICOS

Para el caso de la Argentina, elaborar respuestas políticas fundadas en la descripción del propio panorama en investigación y desarrollo representa indudablemente el camino más complejo, aunque debería ser la elección insoslayable. Los estudios sociales de la ciencia y la tecnología de los últimos 30 años enseñan que la producción de conocimiento presupone un modo de producción de conocimiento –sentidos, sensibilidades, ideologías y valoraciones, intenciones y retóricas– acompañados de "estilos" institucionales y modos de articulación institucional, producto de una historia política y cultural, de conexiones específicas del campo científico con el contexto social, con el sector productivo, con el sector militar, con la enseñanza. Sintetizando, hay un "modo de ser" histórico y contextual de la actividad científica y tecnológica.

Tanto los componentes globales y las marcas de época como las especificidades culturales y económicas locales y regionales van definiendo los "puntos fijos", y las "partes móviles" deciden sobre la selección de temas e instrumentos, las organizaciones y las jerarquías, incluso definen los perfiles de científico y tecnólogo como actores sociales y, en definitiva, también el devenir histórico de una tradición científico-tecnológica a escala de país. Desde esta perspectiva, ¿quién dudaría de que son dignos de ser estudiados y comprendidos en profundidad el Instituto Balseiro o la Fundación Instituto Leloir como formas institucionales, la relación de CNEA con las universidades públicas, la construcción de vínculos de la Planta Piloto de Ingeniería Química con el complejo petroquímico de Bahía Blanca, las sucesivas políticas del INTA respecto de la propiedad intelectual o los "estilos" de organización y gestión del INTI en los últimos 30 años?



Por más obvia que resulte la necesidad de conocer la propia realidad, las políticas científicas (explícitas o implícitas) en la Argentina suelen apegarse a modelos normativos que son motivados por escenarios coyunturales o de corto plazo. Suelen mirar los casos exitosos y apostar a diversas estrategias de mímesis y trasplante. Y esto por una razón sencilla: falta la producción académica local capaz de asegurar un conocimiento riguroso del propio escenario como condición de posibilidad para la formulación de una política robusta de largo plazo.

De esta forma, proliferan los diagnósticos "unidimensionales" para la ciencia y la tecnología en la Argentina. Cuando se pone el énfasis en el aspecto económico y en el vínculo con el sector productivo y empresarial, se sostiene:

◆ Que tenemos un sistema científico y tecnológico, pero no tenemos un Sistema Nacional de Innovación (es decir, tenemos un sistema científico y tecnológico fragmentado, no integrado).

◆ Que aún no supimos construir un sistema de financiamiento para la innovación.

◆ Que hay que inculcar al empresariado argentino que las ventajas competitivas que surgen del conocimiento son las mejores.

◆ Que debemos lograr formular un proyecto macroeconómico a escala de país que fomente certidumbre a largo plazo.

Cuando se enfoca en los aspectos institucionales y en la comunidad científica, se afirma:

◆ Que nuestras agencias de promoción y financiamiento de las actividades de CyT establecen criterios que finalmente promueven la producción de papers en perjuicio de las actividades de desarrollo.

◆ Que hay que inculcar a nuestras universidades la necesidad de vincular sus actividades de enseñanza e investigación a las necesidades sociales y a las demandas del mercado.

◆ Que las instituciones científicas son débiles y domina la endogamia.

◆ Que nuestros científicos están entrenados en la supervivencia.

Cuando se pone el énfasis en la enseñanza, se dice:

◆ Que debemos construir un sistema educativo acorde al concepto moderno de innovación.

◆ Que se debe enseñar ciencia desde estadios tan tempranos como sea posible.

◆ Que hay que asumir el conocimiento como concepto económico.

◆ Que hay que producir más ingenieros y tecnólogos.

Así, como un juego de afásicos, dependiendo de los modelos exitosos de referencia y de factores de coyuntura, proliferan las clasificaciones y reclasificaciones. Y a continuación se proponen fórmulas "lógicas" para superar estas limitaciones. Pero la lógica es ahistórica y asocial. En general, este tipo de propuestas se parece a un transplante de hígado o corazón con los conocimientos más sofisticados de la microcirugía, aunque carentes de los estudios inmunológicos previos de compatibilidad que contemplen la historia previa del paciente.

POLITICA VERSUS TECNOCRACIA

Por el contrario, la historia remite a procesos "densos" de significado, que escapan a la lógica del razonamiento silogístico, que niegan que la realidad pueda ser pensada como un rompecabezas compuesto de piezas modulares intercambiables. En todo caso, sólo la "lógica" de aproximación de la política y de las ciencias sociales (aquí el término "lógica" es metafórico) son capaces de atrapar y encauzar la complejidad y densidad de los procesos históricos. Y las comunidades científicas y sus instituciones son productos históricos. Cualquier otra concepción es tecnocracia o economicismo.

Es imprescindible mirar y aprender de las experiencias exitosas. Pero es obvio que hace falta una mirada mucho más esforzada, elaborada, sensible y respetuosa de las necesidades, de las capacidades y de las idiosincrasias propias. La carencia en este terreno es evidente, si se piensa que no existen historias críticas ni estudios sobre el desempeño actual del INTA ni del INTI ni del Conicet, para citar sólo algunos casos que saltan a la vista.

Se obliga anualmente a más de 100.000 alumnos a cursar una materia de "epistemología" (Introducción al pensamiento científico) en el CBC de la Universidad de Buenos Aires. Allí se les habla de Popper y Hempel o del método hipotético-deductivo, pero ni palabra de quién fue Bernardo Houssay o Enrique Gaviola, de dónde salió el Conicet o qué es hacer ciencia en América latina. Simultáneamente, la Maestría de Política y Gestión de la Ciencia y la Tecnología de la UBA hoy no tiene instalaciones ni cargos docentes permanentes ni el apoyo de los cinco decanos de las facultades que se comprometieron a sostener esta carrera. Así, no debe causar sorpresa que en la primera encuesta nacional de percepción pública de la ciencia, publicada por la Secyt en 2004, diga: "La mayoría de los argentinos (62%) no conoce ninguna institución científica del país". Mientras tanto, la retórica política pone en primer plano el problema de construir un Sistema Nacional de Innovación, como si se tratara de una cuestión técnica para un grupo de expertos y no de un desafío social, político y cultural a escala de país.

Hablamos de oído. Todavía confundimos las memorias personales con la historia, los aportes de amateurs con el de historiadores y científicos sociales, creemos que para hacer divulgación científica no hay que hacer maestrías o doctorados en comunicación, creemos que alcanza con la buena voluntad, tenemos problemas para distinguir política científica de tecnocracia, indicadores con realidad, hablamos de patentes sin saber cómo patentar, etcétera. La conclusión parece obvia. No sabemos cómo jugar el juego que hoy se llama "economía del conocimiento". Aún no lo hemos comprendido.

AGENDA CIENTIFICA

SEMANA DE LA COMPUTACION

Del 13 al 15 de septiembre tendrá lugar la "Semana de la Computación", organizada por el Departamento de Computación de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Habrá charlas con científicos, exposición de posters, juegos interactivos, visitas guiadas a laboratorios, talleres interactivos, sorteos y premios. Entrada libre y gratuita. Pabellón I de Ciudad Universitaria.

Informes e inscripción a las visitas:
semanas@de.fcen.uba.ar,
www .dc.uba.ar/sdc/, www.fcen.uba.ar

futuro@pagina12.com.ar

FINAL DE JUEGO

Donde Kuhn y el Comisario Inspector dirimen sobre las clasificaciones en la naturaleza

POR LEONARDO MOLEDO

–Este asunto de las clasificaciones a veces me quita el sueño –dijo el Comisario Inspector–. Por un lado, parece obvio que no puede haber clasificaciones en la naturaleza, y que las clasificaciones son solamente un resultado cultural. Y sin embargo, no cualquier clasificación es posible.

–Quizás, aunque no haya clasificaciones en la naturaleza, existan clasificaciones "naturales" –dijo Kuhn–. Por ejemplo, todos los electrones, o todos los elefantes, forman, por decirlo así, conjuntos consistentes y que son reconocidos por el resto de los conjuntos.

–¿Qué quiere decir reconocidos por el resto de los conjuntos? –dijo el Comisario Inspector.

–Los conjuntos no reconocen ni dejan de reconocer nada. Pero si aceptamos que un electrón existe, no veo por qué no podemos aceptar que el conjunto de los electrones también existe. Naturalmente, la definición de planeta y la distinción entre planeta y "planeta enano" es arbitraria, pero la distinción entre planeta y satélite no me resulta arbitraria.

–Bueno, es a esas clasificaciones no tan arbitrarias a las que yo llamo "naturales" –dijo Kuhn–. Pero me gustaría saber qué piensan nuestros lectores.

¿Qué piensan nuestros lectores? ¿Existirán clasificaciones "naturales"?

Correo de lectores

TELARAÑAS

Les agradezco el suplemento, me acerca al movimiento de ideas y hechos que generalmente no aparecen en otros lugares, por lo que le saca telarañas a la mente para que esté más dispuesta a ver cómo se mueve esta época tan apasionante.

Un abrazo.

Pastor Aníbal Sicardi
Director Departamento de Comunicaciones de la Iglesia Metodista
Uruguay